

17 de diciembre de 2023, tercer domingo de Adviento "B".

[Es 61,1-2a.10-11; 1 Tes 5,16-24; Jn 1,6-8.19-28](#)

Homilía

Aunque en este año litúrgico utilizamos normalmente el Evangelio de Marcos, la lectura del Evangelio de hoy está tomada del de Juan, y más precisamente del mismo Prólogo de ese Evangelio. En este grandioso Prólogo Juan establece desde el principio la tensión e incluso la lucha entre las tinieblas y la luz; entre la Luz que vino a este mundo y las tinieblas que no la recibieron. Y de inmediato dice: "Había un hombre enviado por Dios; se llamaba Juan. Vino como testigo, para dar testimonio de la luz..." Pero su testimonio no fue recibido. Esta fue la primera manifestación de la lucha de las tinieblas contra la Luz, una lucha que nos llevará a la muerte de Jesús, cuando las tinieblas cubran la tierra, esperando la deslumbrante luz de la resurrección.

Veamos el contexto religioso, social e incluso geográfico en el que tiene lugar la escena contada por Juan. Nos dice que "los Judíos enviaron sacerdotes y levitas de Jerusalén a Juan para preguntarle: '¿Quién eres? En el Evangelio de Juan, la expresión "los Judíos" siempre se refiere a la suprema autoridad religioso-política del templo de Jerusalén. Sin embargo, no todos reconocieron la legitimidad de esta autoridad. El movimiento de los Esenios había nacido un siglo y medio antes, cuando Jonatán, el hermano de Judas Macabeo, había sido nombrado sumo sacerdote y su hermano Judas se había convertido en gobernador de Judea, pero no eran ni de familia sacerdotal ni de familia real. Los más fervientes entre los "pobres de Yahvé" que habían regresado del exilio no habían aceptado este compromiso de los Asmoneos con el poder extranjero de los Seléucidas y se habían retirado al desierto de Judá, en la región de Jericó, para esperar la llegada del Mesías, rechazando al mismo tiempo la legitimidad del Sumo Sacerdote y la liturgia del Templo.

Ahora Juan predicó un bautismo de conversión precisamente allí, cerca de Qumran. Había motivos de preocupación entre las autoridades de Jerusalén. Así que enviaron emisarios a investigar, para averiguar quién era este extraño hombre que predicaba de esta manera. La lucha de la oscuridad contra la luz ya ha comenzado.

Debido a que Juan es el fiel testigo de la Luz, todo en él es luz. Sabe quién es. Sobre todo, sabe quién no es. ¿No decimos a veces de alguien (y otros pueden decir de nosotros): "cree que es otra persona"? o "¿pero quién se cree que es?". ¡Bueno, bueno, bueno! Juan no cree que sea otra persona. No se presenta como el Mesías, ni como

un profeta. Es sólo una voz que deja pasar el mensaje de otro y sobre todo prepara la llegada de otro. Probablemente no haya un ejemplo en toda la Biblia de un hombre más humilde y libre que Juan el Bautista.

Su mensaje no es nada relajante. Aquel a quien anuncia ha venido a traer fuego a la tierra. Bautizará en el Espíritu y el fuego... el fuego que destruye la escoria, que limpia, santifica y transforma.

Juan, lo mataron. La oscuridad trató de extinguir la luz que había predicho. Jesús, también lo mataron. Depende de nosotros, los discípulos de Jesús, ser testigos de la Luz hoy en este mundo donde la lucha escatológica entre el reino de las tinieblas y el reino de la Luz aún continúa. Pero sigamos el ejemplo de Juan. No nos tomemos a nosotros mismos por otra persona. No pensemos que somos mejores que los demás porque somos cristianos. No somos la Luz, sólo somos testigos. Es el único privilegio que tenemos. El privilegio, muy exigente, de haber sido elegidos para ser testigos de la Luz.

Y toda la liturgia de este domingo nos invita a regocijarnos en la victoria escatológica de la Luz sobre las tinieblas.

Armand Veilleux